

que yo también reía, me inquietó sin embargo un poco, el temor de cargar con la responsabilidad de una mínima parte de culpa, á causa de este libro, de la futura gordura de Italia.

Y quedé pensativo ante aquella visión cómica de un pueblo de lunas llenas y barrigas infladas. Pero, pensé, por lo que hace al pueblo italiano... ya hace tiempo.



CAPÍTULO IX

Septiembre

Septiembre lleva al tranvía un soplo de vida nueva. Empecé á ver figuras ya conocidas, de empleados que no había visto durante mucho tiempo, lustrosos y rejuvenecidos por algunos meses de licencia; caballeros curtidos por los vientos del mar; rostros vivaces, en quienes reluce la alegría de un viaje circular ó de la vendimia, en los cuales se reconoce á primera vista la satisfacción de volver á su Turín, saludándole con una sonrisa que revela su gusto por la vida ciudadana, y la faz exótica de viajeros, que á cada momento vuelven

la cabeza de un lado para otro, para mirar la fuga de las calles desconocidas.

Familias enteras, en trajes de campo, volviendo de los baños ó de la montaña, para volver al cabo á sus casas, llenando las jardineras de cajas y macetas, todos excitados aún por el placer del viaje, y haciendo desaparecer el tedio de los pasajeros habituales, adormecidos durante el trayecto obligado por las calles polvorosas, esparciendo un hálito de frescura, de efluvios de algas y de bosque, que hacen recordar confusamente las imágenes de ciudades blancas, de verdes valles y de marinas azules. Y crece el fastidio cuando el tranvía vuelve á emprender su acostumbrado aspecto por las largas calles solitarias, donde no se encuentran sino pocos transeuntes con el sombrero en la mano y el pañuelo en la otra, bajo una larga fila de ventanas cerradas, que parece que desde sus persianas despiden hacia bajo el silencio muerto de los barrios abandonados y tenebrosos. Y para los relegados á la red interior, aumenta el fastidio y despecho, al ver aquella eterna colina y aquellos Alpes eternos, que aparecen al final opuesto de las calles, como una provocación maligna. Entre éstos estoy yo, y además del tedio y despecho, tengo el disgusto de no ver, sino muy rara vez, á aquellos personajes que invaden mi sala de estudio ambulante, á los queridos actores de mi compañía.

*
* *

Los primeros que vuelvo á ver, bajan tranquilamente de la montaña con su pequeño ideal; son Tadeo y Veneranda, en la misma línea de las afueras, los dos más gruesos, con dos rostros que parecen el retrato de la beatitud. Han estado veinte días en el *Hospicio de San Giovanni d' Andorno*, y me dicen que les cansaba el paseo, el aire, el agua, el pan y la cortesía de las gentes, pero son felices porque la niña ha vuelto con una salud admirable. Verdaderamente está esplendorosa y todos asistimos á su triunfo. De pie, en el último banco, vestida de color de rosa, con sus hermosos cabellos castaños por la frente y esparcidos por los hombros, con los brazos desnudos y en las muñecas dos pulseritas de plata; habla continuamente con sus padres y apostrofa á los vecinos, ríe y chilla agitando las manos por el aire, y esparce á su alrededor la luz de su belleza y la música de su alegría. Aquella carita de Virgen, aquella exuberancia de vida, llaman poco á poco la atención de todos los pasajeros. Vuelven la cabeza dos señoras que están en el banco de delante y empiezan á dirigirla la palabra y la acarician los cabellos. Luego, desde otro banco, vuelven también la cabeza toda una familia, para decirle cosas, á las que ella responde enviando besos con los dedos; luego otros más distantes, muchachos, muchachitos y caballeros, que se vuelven para mirarla y los sonríe, y bajo todas aquellas miradas admirativas, al son de todos aquellos saludos amorosos, la pequeña actriz redobla su vivacidad, se pone más rosada y bella, y triunfa como un ángel en la gloria. Un padre y una madre, que viesan coronar á su hijo en Campidoglio, no podrían dar

señales de una alegría más grande que la que expresaban los rostros de aquellos dos buenos señores, que apenas podían contener las lágrimas que asomaban á sus ojos. Y hacían un esfuerzo para contenerlas, pero en ciertos momentos la señora no podía más, y cogía á la niña para estrecharla contra su corazón; y Tadeo, para disimular su emoción, volviéndose hacia mí con el rostro radiante, bajo el velo de una indiferencia forzada, me decía con voz trémula y casi expirante:

—Parece que el tiempo ha mejorado; pero... es difícil... que dure.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1946. 1625 MONTERREY, MEXICO

**

El segundo que encontré fué el pintor, que subió una mañana al lado mío en una jardinera, en la calle de Roma, alegre como si hubiese obtenido el primer premio en la Exposición trienal.

—¿Está usted más contento?— le pregunté.

—No mucho; pero en fin, estoy algo mejor. Cada semana doy una vuelta entera por Turín.

Aquellas vueltas por la ciudad, para uno que no tenga negocios, me parecieron extrañas, y fijándome en su nueva alegría y buen humor, pensé que debían haber variado mucho las circunstancias para él. Le pregunté de qué modo había vencido aquella gran aversión por la geometría de Turín, por las filas de casas y calles, todas iguales, donde le parecía encontrarse siempre en la misma esquina. Me contestó sonriendo que había pasado su mal humor; pero, de qué modo, no lo dijo. Insistí recordándole lo que decía aquel día:

—¿Y la antipatía por las hijas de Boreas, por los ángeles de alabastro, por las señoritas recortadas por un mismo patrón?

—¡Ah!— contestó;—era un mal periodo para mí, aquél... Todos lo tenemos. Pero ahora todo ha cambiado.

—¿Ha renunciado usted, pues, á su felicidad conyugal, buscada en el tranvía, ó ya la tiene?

Se echó á reír ruborizándose un poco, y cambió de conversación repentinamente, atropellando las palabras é ideas. Había renunciado definitivamente á descubrir el misterio de la señora de la correspondencia.

—¡Ah! es más testaruda que yo,—me dijo.

No pudo descubrir nada.

Y me contó que un día había creído descubrirlo todo. Encontróla en la línea de las afueras; la había visto bajar en la esquina de la calle Cristina y subir en el tranvía de Puente Isabel; había bajado y subido él también, pero llegados á la plaza Cavour, había bajado ella y tomado el tranvía de la Carrera de Casale; él hizo lo mismo, y ella, por tercera

vez, bajó en la plaza de Victor Manuel, donde esperó un momento el tranvía de la calle Vanchiglia, al cual volvió á subir; él hizo la misma maniobra, pero al ver la señora su insistencia en seguirla, bajó de nuevo, dejó pasar dos ó tres tranvías, y aunque se había hecho el propósito de imitarla, desistió finalmente de su empresa y se marchó con la curiosidad más excitada que nunca.

Durante uno de aquellos trayectos la había visto, teniendo entre sus manos uno de aquellos albums de diez céntimos, que publica la casa Massarani, en los cuales están marcadas en rojo todas las líneas de Turín, y ella iba ojeando y volviendo página por página, como un oficial de Estado Mayor que estudia la carta topográfica de las grandes maniobras. ¿Quién sabe qué vasto plan estratégico tranviario, qué intrincada combinación andaba escogiendo, y quién sabe con qué objeto recorría aquella línea y hacía aquellos estudios? ¡Misterio profundo! Era mejor no pensar más en ello; la empresa resultaba disparatada.

En tanto que decía esto yo observaba bien claro que pensaba en otra cosa, que tenía en el corazón un sentimiento, al cual aquella relación servía como el abanico á las señoras, para esconder cierta expresión involuntaria del rostro. Entre una y otra frase miraba á todos los tranvías que pasaban al lado ó cercanos, alargando la cabeza como si en ellos pudiese ver la persona que buscaba; y su aspecto y sus maneras eran como las de aquel que tiene un pensamiento bello y feliz, una imagen á quien hablar en secreto aunque hable de otras personas y de otras cosas, y que aparece ante él como

los globos de fuego que vemos por el aire después de haber fijado la vista durante un momento en el sol.

En un momento dado no me pude contener y le dije un exabrupto:

—Vamos: ¿para qué sirve fingir? Dígame usted la verdad. Usted ha encontrado lo que buscaba y no me quiere hacer la confidencia por temor de que yo lo ponga en mi libro.

Esta vez lanzó una carcajada tan forzada y desentonada que tuve por cierto haber dado en el clavo. Sí, era únicamente el temor de que yo publicara sus amores, lo que le impedía hacerme la confesión, y continuó diciéndome que no y, moviendo negativamente la cabeza sonriéndose y mirándose la punta de los zapatos, como si ventilase dentro de su corazón la duda de si debía persistir en negar o decírmelo todo.

—Pues bien...—empezó.

Yo agucé el oído para recibir la confesión.

—Bueno... no,—dijo riendo,—si fuese verdad... cuando sea verdad lo diré á usted antes que á todos; pero... todavía no.

—Su *todavía no*, es una traducción del *ya*. ¿No me puede usted decir siquiera en qué línea la ha visto por la primera vez? ¡Es un indicio tan vago!

—Pues bien: en la línea de Puente Isabel.

—¿Coche cerrado ó jardinera?

—Coche cerrado.

Era tan reservado y había cambiado tanto á consecuencia de su pasión, que después de haberme confiado aquel secreto me miró con aire de descon-

fianza, como si pudiera yo descubrir la persona de que se trataba.

—No importa,—le dije,—le aseguro á usted que la descubriré antes que usted me la enseñe.

Y en tanto que bajaba del carruaje le pregunté si estaba enamorado de veras.

Me puso una mano en el hombro, acercó su boca al oído y con un acento de pasión de la que no le habría creído nunca capaz, tan inesperada y profunda era, me dijo:

—¡Ah, he perdido la cabeza!

Puso pié en tierra y en cuanto el tranvía emprendió la marcha, se volvió hacia otro lado para ocultar la vergüenza de haberse traicionado de aquel modo, como si fuera un mozalvete.

*
* *

Finalmente, después de unos tres meses, encontré una mañana á doña *Quijolina* que bajaba casi corriendo de la estación de Porta Susa, y que subió al tranvía de la barrera de Casale metiendo dentro á tres arrapiezos y un gran lío de ropa, con el rostro encendido, el sombrero puesto de cualquier modo y un cesto en la mano, del cual salían algunos juguetes. ¿Dónde había encontrado aquellos tres

chiquillos de cabeza rapada, vestidos todos muy limpios é iguales, pero visiblemente de clase pobre, que estaban á su lado y la sonreían como á una madre? De fijo que había hecho «alguna de las suyas»; lo adiviné de buenas á primeras. Para saber lo que deseaba no tuve que esperar mucho tiempo porque pronto trabó conversación con una señora que iba enfrente, la cual le interrogó acariciando á la muchacha y mirando á los dos varones y dijo que habían mejorado mucho, pero que la niña había adelantado poco. Era una enfermedad larga y en vista de ello iba á llevarla con su madre. Explicó todos los detalles de la enfermedad, fijando en tanto sus ojos inquietos y amorosos sobre aquella criatura pálida como si quisiera colorearla con la mirada. Al cabo comprendí que eran pobres niños medio raquíticos de tres familias diversas que ella había llevado á su propia casa de Val Sena para que se repusieran con el aire de la montaña, en su gran quinta, donde desde hacía varios años mantenía cada verano á espensas propias una pequeña *colonia alpina* de niños pobres y enfermos. Cuando la anciana alababa su conducta diciéndola dulcemente que si todas las señoras hubiesen hecho otro tanto en favor de los niños pobres, muchos de ellos hubieran recobrado la salud, ella rehusaba las alabanzas moviendo negativamente la cabeza, y entristeciéndose de pronto, horrorizada por el pensamiento de su propia impotencia, de la pobreza de su esfuerzo solitario contra la inmensidad de las necesidades y contra la multitud de niños enfermizos que permanecen en la ciudad durante los meses de verano bebiendo el aire envenenado de las habitaciones

sucias y obscuras. Y repetía, sin saberlo ciertamente, la exclamación de Tolstoy:

—¡Qué hacer, Dios mío! ¡Qué hacer!

Y lo decía con un acento tan ardiente y doloroso, que hacía comprender que aquel pensamiento le sofocaba en el corazón, la satisfacción de las buenas obras cumplidas, y más que su acento lo decían sus grandes ojos negros y centelleantes, que al fijarse en aquellos tres rostros, expresaban una piedad tan grande, y una amarga tristeza de que fueran únicamente tres, solo tres, y no treinta, y no trescientos y no treinta mil como en su ardiente corazón hubiese querido.

—¡Pero qué hacer!—Estaba yo á punto de responder:—¡Lo que haces tú, alma hermosa!

Pero véase lo que son las cosas: estoy seguro de que si la hubiera dado esta respuesta cariñosa y que no incluye el respeto, estoy seguro que hasta ella me hubiese llamado impertinente ó loco; á tanto llega la conveniencia ficticia en el comercio social, que está en pugna con la sinceridad y con la poesía. Pero ya la respuesta se la puedo dar con la prensa: *imprematur*.

*
**

Durante varios días no encontré á ninguno más, pero en compensación, recogiendo fragmentos de conversaciones en los carruajes y en las jardine-

ras, descubrí una nueva familia de tipos originales: los que se burlan de los veraneantes y del verano, de los ciudadanos que encontrándose bien en Turín aun en medio del verano, prefieren el *Café Romano* y los trayectos de noche en el tranvía á todas las delicias campestres, burlándose de todos aquellos imbéciles que por vanidad ú ostentación de riquezas, renuncian á todas las comodidades de la ciudad y se van á desterrar voluntariamente á sitios solitarios donde se siente mucho más el calor, y se aburren soberanamente. Cierta día iba un señor grueso que se burlaba con mucha gracia de cierta familia que solía desde su hogar escribir á todos sus amigos para que fueran á pasar unos días en su casa de campo, á fin de hacerles más soportable la melancolía mortal de sus jornadas solitarias. Otro día vi un empleadillo que se alegraba de que hiciera mal tiempo pensando en los veraneantes de la montaña, los cuales sorprendidos por el frío precoz estarían condenados entonces á la reclusión á causa de las lluvias, y debían tener un humor infernal durante aquellos días pensando en su Turín, y lamentando amargamente no haber regresado antes. Aquella noche era un viejecito elegante, con la boca un poco torcida que se burlaba de otra familia que, por la vanidad de hacer creer que estaban en la campiña, tenían todas las persianas de balcones y ventanas echadas y no encendían luz por la noche, llevando una vida miserable y vergonzosa, como si fueran malhechores perseguidos por la policía. No todos, sin embargo, sienten el deseo feroz

de sacrificar su propio placer y gozar con los malos ratos que pasan los demás. Encuentro en el tranvía rostros alegres de jubilados que se sienten satisfechos soportando los fuertes calores, y contentos al ver la ciudad con menos transeuntes y menos ruido que de ordinario, lo cual disminuye los tormentos del insomnio. Entre estos está mi buen veterano, el cual al salir una mañana de su número 43, subió á una jardinera en la calle Garibaldi con *Ciuchetto*, su perro favorito entre los brazos, y volviéndose hacia mí me dirigió la palabra amistosamente con aquella expresión de alegría y verbosidad que dá al anciano el sentimiento insólito de la plena salud, diciéndome que se encontraba bien de veras, y sería completamente feliz, si á su pequeño amigo no hubiese tenido la desgracia de romperle una pata á la rueda de un carretón; por lo cual se veía obligado á llevarle en brazos hacia ocho días, para que *tomase el aire*. ¡Pobre viejo! Sintiéndose fuerte ha hecho un propósito: una gira al lago de Avigliana con billete de ida y vuelta, que no le ha gustado mucho. Está muy contento de los grandes honores con que ha sido recibido Makonnen y Nezzini, hombre de gran cabeza y del que se puede esperar que lleve á feliz término la negociación matrimonial del príncipe de Nápoles, demostrando una ternura paternalmente admirativa por la princesa, de la que dice: *bella persona, bella persona*. Habla de este matrimonio como de un acontecimiento que tuviese necesidad de ver para vivir tranquilo los últimos años de su vida, y parece que en sus ojos se adivinan estas palabras:

—Se hace preciso este matrimonio.

Después acaricia á su perro que le lame las manos y el rostro, en señal de gratitud, diciendo:

—Este es el último amigo del pobre viejo. Tengo ya setenta y ocho años y medio. Por otra parte no me quejo; digiero bien, cosa que muchos á mi edad no pueden decir. Precisamente voy ahora á ver á un viejo camarada que no se encuentra nada bien. Este tranvía me lleva cerca de su domicilio. ¡Qué gran comodidad es esta de los tranvías! ¿verdad? ¿Vá usted á bajar? Cuidado, no baje hasta que esté parado del todo; una desgracia sucede muy pronto. ¡Buen paseo! Hasta otro día. ¡Oh, alma humana, con cuán poco te contentas apesar de que sientes la sed de lo infinito!

*
**

Entre otros descubrimientos de naturaleza opuesta, sin precedentes, hice uno que se refiere únicamente al bello sexo; uno de aquellos estados de ánimo que se podrían definir llamándole *septembrino*.

Veo en el tranvía muchos rostros de señoras y señoritas de mal humor, como atormentadas de un despecho sordo é inmovil que se refleja en sus ojos fijos y centelleantes; sobre todo al pasar próximos á una estación dirigen miradas de reojo á las señoras en traje de viaje y que llevan sombrereras y multitud de paquetes diversos. ¡Ab, no pertenecen, no, á familias ricas de la campiña; son mujeres é hijas de pobres burgueses, á las cuales la profesión, condena á no hacer aquellos viajes, renegando contra Turín y contra la esclavitud, ó contra la tacañería conyugal ó paterna, y contra la amiga ausente, de la cual prevéen que á la vuelta ha de mirarla con aire triunfante y la interrogará con aire com pasivo. ¡Cómo se adivina todo esto en aquellas pequeñas cabezas durante los largos trayectos de la jardinería! Es el mes de los viajes, de las excursiones campestres, de las regatas en el lago, de las fiestas de despedida, de las cabalgatas de quinta á quinta, el mes de las galanterías atrevidas y dulces soliloquios en la sombra, y de una tranquila libertad de la que no puede disfrutarse en la ciudad bajo la mirada de cien ojos que escrutan todo cuanto hacéis. Todas estas visiones danzaban ante los ojos de aquellos que se veían obligados á quedarse en Turín, y que únicamente podían ver el campo, desde la línea de las afueras. Y detrás de aquellas frentes arrugadas se preparaban en tanto, las alusiones y la sátira encubierta, repetidas cien veces á la hora de comer, á la hora de dormir, como el lamento del condenado, y al que causan horror la mesa, y la cama porque parecen dos máquinas de tortura.

*
*
*

Sin embargo en estos tranvías, ayudando un poco la fantasía, se puede uno considerar en el campo. Yo he hecho algunas excursiones muy agradables. Recuerdo que la vez primera que recorrí toda la línea de la barrera de Lanzo, fué para mí un verdadero viaje de descubierto observatorio, desde el cual se agranda el mundo. Pasado el puente Dora y volviendo hacia la calle Puente Mosca por el largo paseo Emilia, se siente un placer dulcísimo. El pensamiento, la mirada, se satisfacen, y el espíritu recobra animación y alegría. Atravesada la línea férrea de Lanzo, no por eso se pierde de vista Turín. La ciudad se vá transformando poco á poco de gran señora en humilde burguesilla de campiña, tomando un aspecto plácido é ingenuo. Las casas adornadas con vistosas colgaduras como esperando el paso de la procesión, la tienda antigua de más de cien años de existencia; las calles laterales que van á perderse en el campo; en la puerta del ayuntamiento se vé la imagen de un santo y al otro lado un aviso de la prefectura, mujeres con los pies des-

calzos, y chiquillos harapientos y sucios, dando á la ciudad el aspecto de una aldea desierta. Allí veo escrito encima de una puerta cerrada:

«Teatro Gianduja y encuentro el anuncio de otros teatros desconocidos: *Teatro de la barrera de Lanzo, Teatro Manroni* en el cual se representa *Kean, sublime obra de Alejandro Dumas*. ¡Oh que extraña melancolía se apoderó de mí de repente! pero luego fué disipándose al llegar á la pequeña estación de la Virgen de la Campaña, uno de los suburbios más animados, en el que los carros de hortalizas y frutas dan una vida y movimiento propios de una ciudad trabajadora. Bajo de la jardinera y me acerco por curiosidad al montante de un coche sin ventanillas y allí dentro, un grupo de cobradores y cocheros merendando alegremente. Entre ellos reconozco al joven dantesco que apenas me ve exclama:

—¡Demonio! ¿Usted por aquí? ¿Cómo se ha atrevido á venir hasta el confín del mundo habitado? Mire, mire qué comida...

e come il pan per fame si manduca

*
*
*

El tranvía se había puesto en marcha cuando al poco rato le hizo parar un obrero que venía de la

parte de *Madonna di Campagna* dando vaivenes y moviendo los brazos de un modo algo anormal. Tardó bastante tiempo en subir y se dejó caer como un saco sobre el banco. Reconocí en seguida á *Desbottonass* que debía haberse emborrachado en alguna de las hosterías de extramuros, empolvado de la cabeza á los pies, con el cigarro en la boca y la corbata deshecha. Advertí que en aquellos dos meses que habían transcurrido desde la última vez que le ví, la borrachera crónica había hecho un desgaste terrible en su naturaleza. Me miró fijamente con los ojos encandilados, pero no me reconoció. Se comprendía en el modo de volver su mirada irritada, que tenía ganas de armar bronca. Y la ocasión se le presentó bien pronto.

Cuando el cobrador dantesco se le acercó á preguntarle:

—¿De dos ó de tres?—quedó un momento pensativo y contestó:

—*Voy hasta la Crocetta*.

Y sin duda se fijó en aquel punto, pero sin determinado propósito, porque su manía cuando estaba borracho era ir lejos, á la ventura, hacia tabernas desconocidas, para alargar el horizonte de sus excursiones alegres.

—Entonces, —dijo el cobrador,—de tres.

El hombre sacó lentamente una moneda del bolsillo del pantalón y la puso en la mano del cobrador, después, y tras de mucho rebuscar, sacó otra moneda, la colocó sobre la primera y nada más.

—Para la Crocetta son tres,—repitió el cobrador —falta una.

Aquél se indignó.

—¡Qué tres ni qué demonio! ¡Esta es buena! ¿Y por qué tres?... *Yo no pago más que dos...* Yo siempre he pagado dos...

Como insistiera el cobrador, volvióse el borracho hacia un caballero que tenía al lado, y le preguntó mirándole fijamente:

—¿Y usted que dice, cuánto ha pagado?

El caballero contestó que había pagado dos.

—¡Ah! vean pues... *¿y por qué él dos y yo tres?*
¡Vaya una justicial

—El señor,—dijo el cobrador,—no va más que á la plaza de Carlo Felice y hasta allí son diez céntimos; y usted va hasta el final de la línea y vale quince.

—¡Qué final de la lineal... *yo le he dicho que hasta la Crocetta... no he dicho que hasta el final de la línea...* El reglamento dice: Dos.

Y así siguió durante un rato mascullando palabras entre dientes, declamando y apostrofando ora á uno, ora á otro de los pasajeros. ¿No era bastante claro su caso? Aquello era una anomalía, aquello era una camorra despiadada para despojar al pueblo. El cobrador trató de persuadirle medio en serio medio en broma, pero tuvo que dejarle porque sino la cosa se hubiese empeorado. El beodo miraba en tanto un ciclista que iba al mismo paso que la jardinera y al lado de ella, como un caballero de campo, hablando tranquilamente con un pasajero sentado en la extremidad de un banco. Aquel acompañamiento en bicicleta le pareció á Desbottonass un abuso intolerable, enorme, una falta de respeto á la «compañía». Gritaba al ciclista que se apartase del coche, que no estaba permitido

aquello, que no había visto nunca una impertinencia igual. Luego de repente se puso en pie y apoyándose en el respaldo de uno de los bancos de delante gritó dirigiéndose á las barracas de Porta Palazzo.

—*Soy de la oposición,*—y se dejó caer de nuevo en el banco.

Hacia un rato que el conductor volvía á tratar de convencerle y parecía casi persuadido, cuando en la plaza de Carlo Felice, habiendo subido á su lado un caballero que pagó diez céntimos hasta la Crocetta, exclamó con aire de triunfo:

—*Vea usted pues...* este va á la Crocetta y no paga más que dos... *¿y yo he de pagar tres! ¿eh? ¿Soy acaso hijo de perra? ¿Por qué he de pagar tres?*

—El señor cuando ha subido,—contestó el cobrador,—ha hecho ya dos tercios de calle el tranvía, y usted ha subido antes... Vamos, saque de una vez los cinco céntimos y no me obligue á llamar á un guardia.

Y al pasar por mi lado el cobrador dice:

—*Oh, sovra tutte mal creata plebe!* ¡Vea usted con qué clase de animales tenemos que tratar!

Entre tanto el otro continuaba murmurando:

—*La razón es la razón... el reglamento es el reglamento. . Venga pues la fuerza... Si el otro paga dos, yo no quiero pagar tres. ¿Soy yo hijo de tu descos?*

El hombre volvió á declarar solemnemente que era de la *oposición*, cuando yo bajé de la jardinera entristecido por haber encontrado tan embrutecido á aquel obrero que debía haber sido bueno, hones-